

VEGA, VENTURA DE LA (1807-1865)

POESIAS

ÍNDICE:

ODA

A don Alberto Lista en sus días

CANTO ÉPICO

Al rey don Fernando VII en su vuelta a Madrid, después de pacificar la Cataluña

CANTATA EPITALÁMICA

En las bodas de Filena

IMITACIÓN DE LOS SALMOS

EL CANTO DE LA ESPOSA

Imitación del Cantar de los Cantares

VILLANCICOS

Que se cantaron en palacio la Nochebuena de 1844

A MIS AMIGOS

ELEGÍA

Al Excmo. Sr. Duque de Frías en la muerte de su esposa

A LA REINA NUESTRA SEÑORA DOÑA MARÍA CRISTINA EN SUS DÍAS

En el acto de ir la Reina al palacio de las Cortes a jurar la Constitución el 19 de julio de 1837

A LA REINA GOBERNADORA DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBÓN

visitando el Liceo Artístico y Literario de Madrid

EPÍSTOLA

A don Mariano Roca de Togores en la muerte de su esposa

ORILLAS DEL PUSA

LA AGITACIÓN

A DON JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS

Contestando a una carta suya en tercetos, en que me pedía hora para hablarme

AL EXCMO. SR. CONDE DE SAN LUIS
Por la creación del teatro español

AL EXCMO. SR. MARQUÉS DE MOLÍNS

LA PAZ: AL NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE IMPERIAL DE FRANCIA
Oda

A LA SRA. CONDESA DEL MONTIJO, EN SUS DÍAS
Balada que se cantó en su teatro de Carabanchel; puesta en música por el maestro
Inzenga

LA GUERRA DE ÁFRICA

CANTATA EJECUTADA EN PRESENCIA DE SS. MM.
En la función celebrada el 8 de abril de 1860 por el Real Conservatorio de Música
y Declamación a beneficio de los heridos en aquella gloriosa campaña

A MI AMIGO, EL EXCMO. SR. DON TOMÁS DE CORRAL

RESPUESTA A UNA CARTA

AL CAPITÁN GENERAL DON JAVIER DE CASTAÑOS, EN SUS DÍAS
Soneto

A LA TOMA DE TETUÁN
Soneto

ENTRE TIERRA Y CIELO

DESPEDIDA A UN AMIGO

LA CITA

VERSOS RECITADOS EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE
En una función de aniversario de Cervantes

A LOPE DE VEGA
Versos recitados en el teatro en una función de aniversario

BARCAROLA
Cantada en la fiesta que dio S. M. en su Real Casino el día 24 de julio de 1846, en
celebridad de los días de su augusta Madre doña María Cristina de Borbón

POR ENCARGO DE UNA NOVIA, PARA SU NOVIO

EN EL ÁLBUM DE CARMEN AGAR

EN EL ÁLBUM DE SOFÍA CARONDELLET

EN EL ÁLBUM DE LA DUQUESA DE F.

EN EL ÁLBUM DE ISIDRA DUPUY

EN EL ÁLBUM DE ANA SEGOVIA

EN EL ÁLBUM DE LA CONDESA DE FUENRUBIA

EN EL ÁLBUM DE CARMEN GOYENECHÉ

EN EL ÁLBUM DE LA MARQUESA DE PORTUGALETE
El Día De Su Santo, Viernes De Dolores De 1856

EN EL ÁLBUM DE BLANCA ROSA DE OSMA

EN EL ÁLBUM DE UNA DESCONOCIDA

EN EL ÁLBUM DE MATILDE LAMARCA

EN EL ÁLBUM DE GENOVEVA SAMANIEGO

EN EL ÁLBUM DE TERESA COLL

EN EL ÁLBUM DE CARMEN COLL

EN EL ÁLBUM DE ROSA VALLARINO

EN EL ÁLBUM DE ***

EN EL ÁLBUM DE ***

ODA

(A don Alberto Lista en sus días)

Del blando lecho de Titón hermoso
la sonrosada aurora
gallarda se lanzó: rauda traspasa,
precursora del astro refulgente,

los piélagos de Tetis,
y a los campos llegó que riega el Betis.

Oye la lira y el cantar sonoro
del inmortal Fileno,
que la inocencia lamentó perdida;
el vuelo enfrena, y al felice vate
que admiración inspira,
«¿Qué cantas, dice, en la templada lira?»

¿Segunda vez, acaso, la inocencia,
de la tierra alejada
lamentas, o de nuevo el fiero trono
que la superstición erige altiva
y el negro fanatismo
lanzas a la mansión del hondo abismo?»

«No, le responde el vate, interrumpiendo
su dulcísimo canto:
el fiero monstruo que mi voz hundiera,
para siempre le hundió: la virtud pura
a la tierra tornada,
tiene en ella por fin digna morada.

Que Anfriso nace; y la virtud sublime,
la cándida inocencia
fugitivas doquier, buscando errantes
asilo do morar, vieron su pecho
y en su pecho anidaron,
y virtud e inocencia le inspiraron.

Este día feliz, cuyos albores,
bella Aurora, derramas,
le vio nacer: el caudaloso Betis,
torciendo ufano su corriente pura,
besar la cuna quiso
do reposaba el envidiado Anfriso;

y la orgullosa frente levantando,
de laurel coronada,
al sacro Tajo, al rápido Garona,
y al Ródano y al Po y al Manzanares
la vista audaz tendía,
clamando ufano: «¡La victoria es mía!»

En su cándida mente el mismo Apolo

la ternura derrama
de Anacreón, y del sublime Horacio
la poderosa enérgica armonía;
baja del Pindo y llega
y su templada cítara le entrega.

Anfriso canta; y Píndaro y Horacio
y cien vates y ciento
cantan, y ceden al cantor del Betis,
y la vencida cítara deponen;
y el coro de Helicon
su docta frente de laurel corona.

Ya las cuerdas hiriendo dulcemente,
las blandas guerras canta
de la madre de amor; ya mas robusta
la voz engrandeciendo, tu salida,
del día precursora,
mensajera del Sol, celeste Aurora.

Canta la tolerancia, y a sus ecos
la espelunca horrorosa
crugiendo se desploma y sus ruinas
y sus ministros bárbaros consume
la hoguera aborrecida
en su seno por siglos encendida.

Pregunta al justo quién el dulce encanto
de la virtud divina
en su pecho inspiró: pregunta al malo
quién su maldad impávido combate;
pregunta a los pastores
si amores sienten cuando canta amores.

A mi pecho pregunta, do se anida
inextinguible fuego
de sagrada amistad. Sí, caro Anfriso,
tuya es mi voz, mi dulce risa tuya,
tuyo mi triste llanto.
Mi voz remedo informe de tu canto.»

Dijo Fileno; y con el plectro de oro
hirió la acorde lira;
y en los senos del Betis cristalino
el canto resonó. La frente alzando
el Dios lo escucha atento:

callan las aves: enmudece el viento.

CANTO ÉPICO

(Al rey don Fernando VII en su vuelta a Madrid, después de pacificar la Cataluña)

Hijos de Iberia: los que el muro alzado
circunda invicto de la gran Sevilla:
los que enfrena en su término sagrado
del gaditano mar la ardiente orilla:
noble gallego: cántabro esforzado:
los que sustenta la feraz Castilla:
mi voz por vuestros campos se dilate;
la lira pulse el inspirado vate.

No el sangriento laurel bañado en lloro,
que orló la frente al vencedor de Jena,
cantaré, ¡oh patria!, que mi lira de oro
nunca entre horror y mortandad se suena.
No el brazo vengador que al torvo moro
lanzó de Libia a la abrasada arena;
ni al tremendo cañón de Navarino,
la rota entena, el abrasado lino.

Otro eternice su funesto nombre,
cuando las lides y la muerte entona,
y al escucharlo en el hogar se asombre,
y al hijo estreche la infeliz matrona:
jamás el hombre degollando al hombre
en los horrendos campos de Belona
a mi blando laúd fue digna hazaña:
pueblos, yo canto al bienhechor de España.

Tú, numen tutelar del pueblo ibero;
tú, domador de la morisma impía,
que en la mezquita del alarbe fiero
los pendones dejaste de María;
tú, que a Fernando el áspero sendero
mostrar supiste que al empíreo guía,
tú me inspira, y mi voz al aire dando,
cantaré las virtudes de Fernando.

A la sombra de un sauce reclinado,
que retrata en su linfa Manzanares,

do en otro tiempo el corazón llagado
se exhalaba en tristísimos cantares;
al dulce olor del viento embalsamado,
libre el pecho de bárbaros pesares,
el astro hermoso de la luz miraba,
que a los mares atlánticos bajaba.

Entre celajes su encendida hoguera
por el ancho horizonte se derrama,
y al terminar la plácida carrera,
templada brilla su fulgente llama:
el fuego inspirador mi pecho altera;
la voz se eleva, el corazón se inflama;
y arrebatada vuela mi memoria
a los pasados siglos de la historia.

Miro a Régulo impávido marchando,
entre el clamor de la llorosa plebe,
donde el fiero sayón le está esperando
y perecer entre tormentos debe:
a Aníbal miro con su hueste hollando
de las alpinas cumbres la honda nieve;
y a un ejército entero haciendo frente
a Cocles miro en el cortado puente.

Vagaba así mi ardiente fantasía;
y entre el bullir de las inquietas olas
Manzanares su frente descubría,
coronada de juncos y amapolas;
en la siniestra mano suspendía
el blasón de las armas españolas:
así suena su voz; y humilde para
su blando ruido la corriente clara.

«¿Por qué de Roma tu ofuscada mente
hazañas busca en la remota historia?
¿Para asombrar a la futura gente
no basta acaso la española gloria?
Cuando virtud y honor tu lira intente
eternizar del mundo en la memoria,
los campos corre de la madre España
y cada monte te dirá una hazaña.

Tiende la vista a la encumbrada peña
donde el Astur su independencia adora;
mira de Cristo a la triunfante enseña

despavorida la falange mora:
mira humillada la soberbia isleña
ante la ibera hueste vencedora:
el abatido orgullo de la Francia,
los abrasados techos de Numancia.

Mas ¡ay! ¿qué grito de victoria suena
al repetido herir del arpa de oro?
¿Por qué el ronco cañón súbito truena?
¿A quién celebra el matritense coro?
¿Oyes el himno que los aires llena?
¿Oyes del parche el retumbar sonoro,
y en las torres del templo estremecido
el trémulo sonar del bronce herido?

Victoria clama al inmortal Fernando
la campiña en que el Ebro se derrama;
el clarín de la fama retumbando,
¡Gloria a Fernando! por los aires clama.
Llegó, miró, triunfó; pero triunfando,
no la venganza el corazón le inflama,
que si humillarlos el monarca anhela,
también Amalia a perdonarlos vuela.

En el regazo de la paz amiga
la venturosa España reposaba;
el labrador descanso a su fatiga
en el hogar pacífico encontraba;
con blando susurrar la rubia espiga
el inocente céfiro halagaba;
y el libre arroyo, rápido saltando,
iba las florecillas salpicando.

Truena indignada la tartárea roca,
y envuelto lanza en encendida nube
del negro Averno la escondida boca
al triste mundo el infernal querube:
muere la hierba que su planta toca;
el ronco ahullido hasta el empíreo sube;
y vuela ardiendo en furibunda saña
a los campos católicos de España.

De su fétido aliento el soplo inmundado
los catalanes campos infestando,
vierte el veneno que abortó el profundo
en corazones que rigió Fernando.

Guerra declara al angustiado mundo:
fiero convoca el seducido bando:
su voz envuelta en macilenta llama,
¡Victoria al Orco! enronquecida clama.

Su voz retumba en la celeste almena,
do resplandece el serafín armado:
en la diestra del Dios que el mundo truena
el rayo vengador bulle indignado.
No a quebrantar la bárbara cadena
vuela otra vez el escuadrón alado:
Tú, Fernando, serás, dijo el Eterno;
y temblaron las huestes del Averno.

Entre los brazos de su dulce esposa,
Fernando oyó la voluntad del cielo:
al campo va, y Amalia congojosa
en llanto de dolor inunda el suelo.
«Marcha, le dice, y de la paz hermosa
torna a la Iberia el bienhechor consuelo:
la verde oliva enlaza a tu corona:
vuela, esposo, a triunfar; triunfa y perdona.»

No armando el brazo de tajante acero
hiere el bridón con bélico acicate:
no circundado de escuadrón guerrero
lánzase airado al funeral combate:
inerte y solo en el tumulto fiero
su noble frente al sedicioso abate;
y huye, la rabia inútil exhalando,
el infernal espíritu bramando.

Huella Fernando la extinguida tea,
y el rayo de la paz brilla más puro;
ni en sangre tinta la campaña humea,
ni ostenta escombros de rompido muro.
El pendón de concordia al aire ondea,
al ronco retumbar del bronce duro;
y entre el rumor de armónicos cantares
torna Fernando a sus augustos lares.

Por contemplar su rostro soberano,
¡cuál corre el pueblo con ardiente anhelo
y en sus trémulos brazos el anciano
alza gozoso al tierno nietezuelo!...
Pulsa el laúd; que si el acento humano

a tanto puede remontar su vuelo,
tu canto, por la fama conducido,
vencerá las injurias del olvido.

Yo cantaré mientras la mente mía
el soplo celestial fecundo inflame
y el puro rayo del luciente día
en mí su influjo inspirador derrame.
Por cuanto el claro sol su luz envía,
tu triunfo, ¡oh rey!, el universo aclame:
tú enjugaste de Iberia el triste llanto:
tuya es mi débil voz; tuyo mi canto.

Tú, dulce Amalia, de virtud modelo;
tú, del pueblo español amparo y guía,
a quien su lumbre inspiradora el cielo
y su arpa de oro el serafín confía;
si de tu voz el remontado vuelo
seguir intenta osada la voz mía,
grato será a tu pecho generoso;
que glorias canto de tu dulce esposo.

A ti, padre del pueblo que te adora,
lleguen los ecos de mi humilde lira;
y mi voz de los siglos vencedora
será, gran rey, si tu virtud me inspira.
Ya del ocaso a la radiante aurora
la ilustre gloria de tu nombre gira:
ya por los aires resonar se escucha:
«¡Gloria inmortal al que venció sin lucha!»

CANTATA EPITALÁMICA

(En las bodas de Filena.)

AMOR, HIMENEO

AMOR

Numen que el mundo adora y aborrece,
Himeneo tirano,
destructor inhumano
de la hermosura que mi imperio ofrece,
¿qué te conduce aquí? ¿Tornas de nuevo
con tu falaz promesa

de falsas alegrías,
de caducos placeres,
y de las ninfas mías
la más hermosa arrebatar me quieres?

Alado cefirillo,
yo haré que eternas, espirando olores,
vivan las gayas flores
de ese pensil donde contento vagas,
si vuelas hoy al bárbaro Himeneo
y el ala bates y la antorcha apagas
que entre sus manos agitarse veo.

Terrible Dios, ¡piedad! Esa Filena
es la columna del imperio mío:
su palpitante pecho es la azucena
donde oculto me río
acechando rebeldes corazones
que hieren mis arpones
y rindo por despojos
a la celeste lumbre de sus ojos.

¿Has visto al huracán enfurecido,
que con bramido ronco
en el vergel florido
abate el verde tronco
que sustentaba ufano
tres hermosos claveles?
Pues tú, numen tirano,
tú eres el huracán de mis vergeles,
tú destrozas mis flores,
tú dejas ¡ay! el mundo sin amores.

Tente, importuna Aurora,
funesta precursora
del malhadado día;
tente, no alumbres la desdicha mía.
Contempla de tu esposa,
feliz Titón, la cándida hermosura;
no permitas que parta presurosa,
y con amantes lazos
estréchala en tus brazos;
nadie sus quejas alzará al Olimpo;
que cuando asoma a la afligida tierra,
su antorcha alumbra sólo
rencor y llanto y dolo,

y negro crimen, y sangrienta guerra.

¡Inútil demandar! Por el Oriente
la pérfida, anunciando el triste día,
muestra su faz riante.
¡Oh desventura mía!
¡Es ella, sí!... Ni escucha mis gemidos,
ni le duele mi pena...
¡Lució! ¡Lució! -Funesto en mis oídos
el canto epitalámico resuena.
¡Adiós, crudo Himeneo!
Yo parto: vendrá un día
en que la ausencia mía
despierte tu dolor.

Que nunca a tus esposos
darás dulces instantes,
si no los hace amantes
la flecha del Amor.

HIMENEO

Bellas ninfas del patrio Manzanares,
a Himeneo cantad. -La linda Aurora,
de los tranquilos mares desprendida,
se alza al Olimpo ya, y al Dios del rayo
del nuevo Sol anuncia la salida.
¡Sol de Himeneo, ven! Tu inmensa llama
del enlace dichoso
digna antorcha será: tu lumbre pura
que el universo llena
refleje de Filena
la cándida hermosura.

El sí pronuncia; y de carmín bañada
la nieve de su frente,
dirige su mirada
placentera, inocente,
al esposo felice,
y «tuya soy» le dice.
En sus amantes brazos se reclina,
y al beso conyugal modesta ofrece
la púdica mejilla ruborosa,
como al soplo del céfiro se mece
sobre tallo gentil purpúrea rosa.

No apagues la pura llama

que en su corazón ardía,
si tú la victoria mía
quieres, Amor, coronar.
Guarda benigno en su pecho
de tu dulce fuego un rayo,
como alumbra el sol de mayo,
que brilla sin abrasar.

AMOR

¿A qué me llamas? De tu triunfo goza,
y gózate en mi duelo;
que yo al regazo de mi madre vuelo.

HIMENEO

¡Yo en tu duelo gozar! ¡Yo que mi triunfo
a coronar te llamo!
¿Qué es sin ti mi poder? ¿Qué es Himeneo
si en torno Amor no vuela?
¡Raudal fecundo que el invierno hiela!
Mil veces de tus ninfas
dispuse a mi placer; ¡en cuántos pechos
arde la dulce llama
de conyugal amor, y de tu templo
por siempre los robé! Nunca en tu rostro
el llanto ni la pena...

AMOR

¡Ay que no me robabas a Filena!
el lindo pie de Amira,
cuando en la danza volador giraba,
un corazón me daba;
los ojos de Glicera,
cuando vivas centellas despedían,
un pecho me rendían;
el cabello de Lesbia,
cuando al soplo del céfiro ondeaba,
un alma me entregaba;
mas ¡ay! en mi Filena
el talle, el pie, los ojos, el cabello,
todos eran arpones,
todos me cautivaban corazones.

¡Tirano! ¡Y tú me robas
la que más triunfos a mi imperio daba!
¡Adiós! En esta encina
el arco inútil colgaré y la aljaba.

Yo parto: Amor ausente
la rosa virginal de su inocencia
no verá deshojar...

HIMENEO

Amor, detente.
Cuelga a tus hombros la dorada aljaba,
vuelve a empuñar el arco omnipotente.
No cual ciego imaginas
tu imperio feneció. La vista torna:
mis ninfas peregrinas
tus leyes obedecen,
y a las agudas puntas de tus flechas
el inocente corazón ofrecen.
Y crecerá tu imperio. -De Filena
el escondido porvenir dudoso
yo en las oscuras páginas he visto
del destino inmutable y misterioso.

Larga prole de hermosas dar promete
a su materno amor: que tuyas sean;
para ti crecerán, en hermosura
iguales a Filena,
de candor, de virtud, de gracia ejemplo;
y en sazonado fruto
yo cien Filenas te daré en tributo
por una sola que robé a tu templo.
Injusto dios vendado,
de este modo Himeneo
la ruina de tu imperio ha decretado.

¿Has visto al huracán enfurecido
arrebatar bramando
la rosa nacarada,
honor de la pradera,
del ámbar perfumada
aliento de la dulce primavera?
La roba, sí; mas por el blando suelo
sus pétalos derrama,
y al punto brota la fecunda tierra;
y el campo engalanado
así cien flores goza
por una flor que el huracán destroza.

AMOR

¿Qué flor en mis vergeles

igualará a la flor que tú me robas?
Mi poder acabó: rebelde el mundo
burlará mi cadena.
Mortales, respirad: perdí a Filena.

HIMENEO

No la perdiste, Amor. -Si es tu deseo
sólo flechar incautos corazones,
no la perdiste, Amor.

AMOR

¡Habla, Himeneo!

HIMENEO

Nuestro poder unamos
y de Filena hermosa
el tormento y placer del mundo hagamos.
Yo su mirada artera,
su sonrisa hechicera,
su habla encantadora,
su mano de marfil, su pie gallardo,
te cedo desde ahora:
sólo su corazón para mí guardo.

Escóndete en la nieve de su pecho,
asesta tus arpones,
cautiva corazones:
cien amantes heridos
adórenla rendidos;
y a la virtud ligada
por mágica cadena,
a su esposo no más ame Filena.

AMOR

Ven, hermano de Amor, ven a mis brazos.
¡Oh dicha inesperada!
¿Qué otra victoria a mi poder agrada?
Herir sin ser herida
es de mis ninfas ley: ame en buen hora
a su feliz esposo;
que a mí me basta, oculto entre los rizos
de su negro cabello,
o en los hoyuelos de su dulce risa,
ostentar mi poder flechando el seno
de cien y cien amantes,
que caigan delirantes

a sus plantas rendidos,
y de amor y desdén a un tiempo heridos.

HIMENEO

¡Oh venturosa unión! -Llévense luego
los vientos del olvido
la contienda fatal. -Amor, volemos;
y el tálamo de rosas coronando,
el enlace feliz juntos cantemos.
Bajad, del sacro Olimpo
alados moradores.

AMOR

El lecho orlad de flores,
ministros del amor.

HIMENEO

Goce Filena hermosa
perpetua primavera.

AMOR

Nunca su pecho hiera
la espina del dolor.

HIMENEO

Yo haré que en dulce dicha
correr sus años mire.

AMOR

Yo haré que el orbe admire
su mágica beldad...

HIMENEO

No perderá su talle
la esbelta gentileza.

AMOR

Triunfará su belleza
del tiempo y de la edad.

EL POETA

Y tú perdona si mi humilde lira
tu hermosura a cantar y la alta pompa
de tus ilustres bodas hoy se atreve.
Cese ya la ficción: no es a Filena
a quien mi canto suena:

a ti, Señora, que la noble frente
de majestad y de candor ceñida
entre hermosuras tantas,
gloria y adorno de Madrid, levantas,
cual suele en la pradera
cuando a la excelsa nube
alto ciprés entre tomillos sube.

Tu frente, sí, tu frente a quien por alto
misterioso decreto roba el cielo
la diadema esplendente
que de tu grande abuelo
el Sabio Alfonso coronó la frente.
Mas qué digo, insensato. -¿Acaso pudo
el imperio arrancarte?
Natura te le da. -Mira a tus plantas
si la sangre real hierve en tus venas
y te agradan despojos
cuantos te ven, vasallos de tus ojos.

IMITACIÓN DE LOS SALMOS

¡Ay! No vuelvas, Señor, tu rostro airado
a un pecador contrito.
Ya abandoné, de lágrimas bañado,
la senda del delito.

Y en ti, humilde, ¡oh mi Dios!, la vista clavo,
y me aterra tu ceño;
como fija sus ojos el esclavo
en la diestra del dueño.

Que en dudas engolfado, hasta tu esfera
se alzó mi orgullo ciego,
y cayó aniquilado cual la cera
junto al ardiente fuego.

Si en profano laúd lanzó mi boca
torpes himnos al viento,
yo estrellaré, Señor, contra una roca
el impuro instrumento.

Levántate del polvo, arpa sagrada
henchida de armonía.

Y tú, por el perdón purificada,
levántate, alma mía.

Y yo también al despuntar la aurora,
y por el ancho mundo
cantemos de la diestra vengadora
el poder sin segundo.

Te cantaré, ¡oh mi Dios!, cuando te plugo
bajo tu amparo y guía
a Israel acoger, que bajo el yugo
de Faraón gemía.

Del tirano en el pecho diamantino
pusiste fiero espanto.
Tembló: tu brazo conoció divino;
soltó tu pueblo santo.

El mar lo vio y huyó: de enjuta arena
ancha senda le ofrece:
síguelo Faraón... -La mar serena
lo traga, y desaparece.

Violo el Jordán, y huyó: monte y collado,
cual tierno corderillo,
saltaron de placer: el risco alzado,
cual suelto cabritillo.

¡Oh mar! ¿Por qué tus aguas dividiste
y a Faraón tragaste?
¿Por qué, humilde Jordán, retrocediste?
Monte, ¿por qué saltaste?

Ante el Dios de Jacob tembló la tierra;
las trompetas sonaron;
parose el sol, y Gabaón se aterra;
¡y los tuyos triunfaron!

Y brotaste, Señor, de piedra dura
agua en mansa corriente,
y aplacó de tu pueblo su dulzura
allí la sed ardiente.

«Canta, Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,
al que enjugó tu lloro:
acompañe la cítara tu canto,

y el tímpano sonoro.»

Lánzase al hondo mar, con mente ciega,
osado el marinero,
y pide al polo el que la mar le niega
ya borrado sendero.

Huye a tu voz el céfiro suave;
y el hondo mar turbando
cruzan los vientos, y la triste nave
combaten rebramando.

Ya sube al firmamento, ya desciende
al abismo horroroso;
ruge el trueno: veloz el aire hiende
tu rayo fragoroso.

Gime el nauta y te implora, y aplacado
lo miras con ternura.
El vendaval es céfiro: el hinchado
mar, tranquila llanura.

«Canta, Isabel, al Justo, al Fuerte, al Santo,
al que enjugó tu lloro:
acompañe la cítara tu canto,
y el tímpano sonoro.»

Los tiranos del mundo en liga impía
para el mal se adunaron,
y a la incauta Israel: «¡Dios nos envía!»
desde el solio gritaron.

Y entre sí concertados: «Fiera lucha
al justo renovemos:
blasfememos, que Dios no nos escucha:
dios no ve: degollemos.»

Dijeron, y no son. -Su raza impía
cual humo se deshizo.
¿No oiré quien dio el oído? ¿No veré
el que los ojos hizo?

«Canta, Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,
al que enjugó tu lloro:
acompañe la cítara tu canto,
y el tímpano sonoro.»

Los impios que tus casas allanaron
de uno al otro horizonte,
y con hachas sus puertas destrozaron
como leña del monte;

los fuertes, que se alzaban cual montaña
que a las nubes se eleva,
desparecieron como débil caña
que el huracán se lleva.

Los robustos de Edón y los tiranos
de Moab ¿qué se hicieron?
El Señor los miró, y abrió sus manos,
¡y al abismo se hundieron!

«Canta, Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,
al que enjugó tu lloro:
acompañe la cítara tu canto,
y el tímpano sonoro.»

EL CANTO DE LA ESPOSA

Imitación del Cantar de los Cantares

LA ESPOSA

Ven a tu huerto, Amado;
que el árbol con su fruto te convida,
y el céfiro callado
espera tu venida:
tú al céfiro y al huerto das la vida.

La aurora nacarada
desdeña esquiva la purpúrea rosa,
a la tierra inclinada:
la abeja silenciosa
ni en torno gira, ni en la flor se posa.

Ni a su consorte halaga
el ruisenior, sin ti cantando amores;
ni mariposa vaga
entre las gayas flores,
desplegando sus alas de colores.

Ven a tu huerto, Esposo;
ven a gustar las sazonadas pomas
en mi seno amoroso;
ven, que si tú no asomas,
sin ti mi seno es huerto sin aromas.

Ven, que por ese prado
el sol ardiente tus mejillas tuesta:
aquí el roble copado
blanda sombra nos presta,
y en mi regazo pasarás la siesta.

Yo duermo en mi morada;
mas del Esposo, el corazón velando,
espera la llegada.
Ya oí su acento blando;
el Esposo a mi puerta está llamando.

EL ESPOSO

Abre, Esposa querida;
no te detengas, no, consuelo mío;
ábreme por tu vida;
que yerto estoy de frío,
mis cabellos cubiertos de rocío.

LA ESPOSA

¡Ay que el desnudo pecho
temo al aire sacar, Esposo amado,
de mi caliente lecho!
¡Ay que el pie delicado
temo llegar al pavimento helado!

Sus dedos el Esposo
entró por los resquicios de la puerta:
a su tacto amoroso
mi corazón despierta,
y toda tiemblo avergonzada, incierta.

Alceme presurosa
para abrir al Esposo que esperaba,
y mirra muy preciosa
mi mano destilaba,
que corrió por los gonces de la aldaba.

Mas el Esposo amado
no me esperaba, ¡ay triste!, y era ido

celoso y despechado.
Mi acento dolorido
llámale, y no responde a mi gemido.

Los guardas me encontraron
que la ciudad custodian, y me hirieron,
y el manto me quitaron,
como sola me vieron,
y ramerilla pobre me creyeron.

Doncellas de Judea,
si por dicha encontráis mi fugitivo,
decidle que no sea
con su adorada esquivo,
que ya morada y lecho le apercibo.

¿Conocéis por ventura,
castas doncellas, a mi Esposo ausente?
Gallarda es su figura
como el cedro eminente,
y bruñido marfil su tersa frente.

Conoceréis quién sea,
si al verle os encendéis con fuego vivo.
Doncellas de Judea,
traedme al fugitivo;
que amor y esposa y lecho le apercibo.

VILLANCICOS

(Que se cantaron en palacio la Nochebuena de 1844.)

CORO

Al himno que los ángeles
entonan en el cielo
unamos nuestros cánticos
desde el humilde suelo:
cantad, cantad, mortales,
al Niño Redentor.
Hossana al Unigénito
que del celeste trono
hoy baja a ser la víctima
del mundanal encono.
Hossana al que desciende

en nombre del Señor.

COPLA QUE CANTÓ LA REINA ISABEL

Cual de remotos climas
los reyes se acercaron
y humildes adoraron
la cuna de Belén,
permite que, depuestos
corona, cetro y manto,
en tu pesebre santo
te adore yo también.

COPLA QUE CANTÓ LA INFANTA LUISA, SU HERMANA

La estrella rutilante
que al pueblo señalaba
la senda que guiaba
al místico portal,
de la virtud cristiana
la senda me ilumine,
y salva me encamine
al reino celestial.

COPLA QUE CANTÓ LA REINA MADRE DOÑA MARÍA CRISTINA

A ti, que en esta noche,
bañada en llanto tierno,
de dulce amor materno
sentiste el vivo ardor,
te ruego, ¡oh virgen Madre!,
que el sacro manto extiendas
sobre las caras prendas
de mi materno amor.

A MIS AMIGOS

No muera, amigos, en el pecho helado
tímido el fuego creador del genio:
llega el momento en que la lira el libre
cántico suene.

Ese que os hizo de abundante vena
rico presente la deidad del Pindo,

no es vuestro sólo; de la patria es feudo:
ella lo pide.

«¡Ay! ¡De la patria!..., preguntar os oigo:
¿Dó está la patria?... Al corazón no llega
del que contento en la cadena vive
himno sonoro.

Francia que el trono de ignominia, alzado
de Waterloo sobre los muertos héroes
fiero padrón de servidumbre indigna
rompe y sepulta.

Francia en buen hora renacer la dulce
lira contemple en que cantaba Horacio
rotos al bote de romana lanza
Partos y Medos.

Goce al cantor de las Mesenias goce,
Alfonso, tu gigante numen;
Píndaros tenga la que tiene tantos
héroes cual hijos.

¡Ay de nosotros! -Sobre todos cruje
látigo alzado déspota altanero,
y hunde en el polvo y con la planta huella
liras y leyes.»

Sí; mas la Musa que inspiró el robusto
son que la trompa eternizó de Herrera,
cuando Lepanto enrojeció con turca
sangre sus olas;

y la que tierna suspiró en Rioja,
la que del Tormes encantó las aguas,
todas llorosas os demandan nuevas
aras y culto.

«Jóvenes, dicen, a la dulce sombra
de ese laurel que vuestra frente anhela,
santa amistad y poesía junten
vates hermanos.

Harto las iras de belleza ingrata
supo ablandar enamorado canto,
y vuestra lira enguairnaldó de rosas

alma ciprina.

Otros acentos las Pimpleas aman,
cuando despunta suspirada aurora,
pruebe a lanzar el inflamado plectro
ronca tirteida.

¿Veis? Ya Pirene de sus cumbres lanza
hijos de Iberia que a salvarla vienen.
¿Veis? Ya el tirano en su caduco trono
pálido tiembla.

¡Caros alumnos! A la nueva patria,
ya desligada de servil coyunda,
himnos de gloria y libertad la corva
cítara ensaye.»

ELEGÍA

(Al Excmo. Sr. Duque de Frías en la muerte de su esposa)

¿Quién a mi frente ciñe
el funeral ciprés? ¿La destemplada
lira de Young entre mis manos yertas
quién viene a colocar? ¿Quién a mi pecho
pide lúgubre canto?
¿Quién agolpa a mis párpados el llanto?

Santa amistad, perdona.
Si alguna vez a tu celeste influjo
pude el canto ensayar, destellos eran
del juvenil ardor: nunca del genio
la antorcha refulgente
con su lumbré inmortal ardió en mi mente.

A tu demanda en vano
llamo la inspiración: lágrimas sólo,
lágrimas te daré. Si el llanto es digno
tributo a la beldad que hundió en la tumba
la Parca devorante,
¡ay! yo la lloraré: ¡que otro la cante!

A la hermosura, al alto
ejemplo de virtud, dotes que unidas

ve el mundo rara vez, ¿qué humano pecho
niega su admiración? Hijos de Iberia,
que el sacro Pindo inspira,
piedad enmudeció: pulsad la lira.

Sonó el himno: Barcino,
Madrid, y el Sena y el Adur lo oyeron.
en el inerte mármol, en el mudo
lienzo, al olvido de la tumba arranca
su forma peregrina,
su celeste beldad, arte divina.

¿Cuál es tu triunfo, oh muerte?
¿De tu falsa victoria cuál trofeo
es el que arrastras al sepulcro? En vano
allí tu triste víctima sepultas:
de tu centro profundo
rayo consolador refleja al mundo.

Así después que cruza
por el tendido cielo el sol radiante
y en los abismos de la mar se esconde,
melancólica, blanda, halagadora
luz a la tierra envía,
dulce recuerdo del ardiente día.

¡Lloras, mi dulce amigo!
Llanto y no más a su memoria, estéril
holocausto será: más alta ofrenda
pide a tu amor: quien el consuelo hermoso
de la virtud ignore,
a su muerta beldad eterno llore.

No tú, que de los cielos
el numen recibiste que tu nombre
hará inmortal, y lauros militares
que tu diestra ganó, y en bien del pobre
dones de la fortuna,
y heredado blasón de ilustre cuna.

¿De labios más queridos
oírlo quieres? Ven: allí se eleva
el gótico recinto: allí dirige
tu planta: llega: sobre el fuerte quicio
las cinceladas puertas
por invisible impulso mira abiertas.

Traspasa los umbrales.
Lámpara funeral su tembloroso
rayo refleja en el bruñido mármol
de ostentosos sepulcros: en su centro
los restos venerables
yacen de los antiguos condestables.

Mas tus inquietos ojos
buscan la tumba de tu amor. -Escucha:
sordo ruido en su profundo seno
se deja percibir... Álzase en ella
sobre la abierta losa
una matrona. Mírala: es tu esposa.

De sus hombros descende
cándido lino hasta la planta: el negro
cabello ondea en su marmórea espalda:
pálida majestad su noble frente
y sus mejillas tiñe:
la corona ducal sus sienes ciñe.

Y con solemne acento
así te dice: -«Treguas, caro esposo,
treguas a la aflicción; harto bañaste
de amargo llanto el solitario lecho:
tú que lloras mi suerte,
¡si el triunfo vieras que nos da la muerte!

Aquí no turba el alma
el tronante cañón, la asoladora
lanza que salpicó de humana sangre
los pacíficos campos donde alzamos,
bajo el pajizo techo,
de nuestro mutuo amor el primer lecho.

La envidia ponzoñosa,
la calumnia procaz, la tiranía,
la bajeza servil, del mundo, sólo
del mundo son: la adulación traidora,
que honor mentido ofrece,
en la losa del túmulo enmudece.

Mas no con llanto estéril:
con la virtud conquistarás, esposo,
este ignorado mundo de delicias.

Virtud costosa, sí; que esta diadema,
tanto del hombre ansiada,
al bajar a la tumba, ¡cuán pesada!

No el velo misterioso
me es dado alzar. -¡Adiós! -Conmigo un día
en lazo eterno...» Enmudeció la sombra
y hundiose en el sepulcro; y aún su acento
«¡Virtud, virtud!» clamaba:
«¡Virtud, virtud!» el templo resonaba.

A LA REINA NUESTRA SEÑORA DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBÓN EN SUS DÍAS

Cuando al volver con el ardiente julio
la bienhadada aurora
en que a tu nombre el español exhala
himnos de amor, Señora;
el trueno del cañón; en la gigante
torre, del bronce herido
el trémulo clamor; del ronco parche
el bélico sonido;
abierto el templo a la plegaria santa,
do entre la densa nube
del incienso, que al cielo se levanta,
el voto ardiente de las almas sube;
todo es placer y amor: permite, oh Reina,
que esta olvidada lira,
que ni inmortalidad ni gloria espera,
lance un sonido, y a las plantas muera
de la misma belleza que la inspira.

Oídos que están llenos
del blando halago del cantar de Laura,
y del dulce ruido
que forma triste el aura
meciendo los laureles que la tumba
cubren de Tasso y de Marón... Oídos
que en la cuna arrullaron
de Herminia los gemidos,
los tristes ayes del furioso amante,
y la trompa de Dante...
¡Cómo halagar pudiera, humilde y frío,
el desmayado son del canto mío!

No menos dulce, al rutilar tus ojos
sobre la cumbre cana
del alto Pirineo,
unió su voz la musa castellana
al popular ardiente clamoreo.
¡Cristina! -¡Oh! ¡cuál se goza
mi pecho al recordarlo!
Sí, yo te vi. -De la triunfal carroza,
con galano ademán, dulces miradas
en el gozoso pueblo,
que en apiñado grupo te seguía,
amorosa fijabas:
pareciome que tierna preguntabas
a cuántos tristes consolar debías.

A España entera consolaste. ¡Hermoso
iris de paz y amor! Tu ruego puro
al cielo hizo piadoso,
padre a Fernando, al español dichoso.

.....
¡Ay! De tan alta dicha ser no puedo
digno intérprete yo. -Vuelve al olvido
a que el destino te condena, oh lira:
por la postrera vez los vientos hieren:
lanza un sonido, y a las plantas muere
de la misma belleza que te inspira.

EN EL ACTO DE IR LA REINA AL PALACIO DE LAS CORTES
A JURAR LA CONSTITUCIÓN EL 19 DE JULIO DE 1837

¡Ah! ¡quién podrá olvidarlo! Una mañana
era diciembre encapotado y frío
al festivo clamor de la campana,
se alzó Madrid en bullidor gentío.

La inmensa muchedumbre, que impaciente
la vasta calle de Alcalá llenaba,
una hermosura de risueña frente
y una esperanza en ella contemplaba.

Su dorada carroza se movía
sobre apiñadas frentes a millares,
y el esquife de Venus parecía

meciéndose en la espuma de los mares.

Aquel mirar de maternal desvelo,
aquella tez de rosa purpurina,
aquel vestido de color de cielo
-¡Ah! ¡quién podrá olvidarlo!- ¡era Cristina!

Mas no sólo la Reina, no la hermosa
en ella absorto el español miraba;
vio en ella una promesa misteriosa
que en el fondo del pecho se ocultaba.

Y la cumplió: que apenas, asombrados,
vimos con rutilantes resplandores
en la margen del Sena tremolados,
iris de libertad, los tres colores;

ella, esperanzas pérfidas burlando,
de llanto de placer sus ojos llenos,
a Isabel en sus brazos levantando:
«Nuestro es el porvenir», gritó a los buenos.

¡Nuestro, sí! Que a esa prenda de ventura
otra prenda feliz hoy acompaña:
el código sagrado, que asegura
trono a Isabel y libertad a España.

Al santo grito la nación responde,
en tu defensa, oh Reina, armando el brazo:
-¿Dó están los ciegos, los ilusos dónde,
que no bendicen tan glorioso lazo?

¿Que inflamados de súbito alborozo,
al mirarte hoy pasar, ángel divino,
no han bañado con lágrimas de gozo
las rosas que alfombraban el camino?

¿Dónde están? -En la hueste rebelada:
allí están; sólo allí. -Los que blasonan
de idolatrarte, libertad sagrada,
hoy se abrazan y olvidan y perdonan.

¡Unión! ¡unión! -¡Oh!, caigan, ciudadanos,
a los pies de Isabel nuestros rencores,
así como arrojaban nuestras manos
a su carroza deshojadas flores.

A LA REINA GOBERNADORA DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBÓN
VISITANDO EL LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO DE MADRID

Cuando la griega juventud volaba
al campo de la gloria,
y al macedón guerrero arrebatava
el sangriento laurel de la victoria:
¿quién a blandir la fulminante lanza
robusteció su brazo?
En el estrago de feroz matanza
¿quién su pecho alentó, quién, sino el fuego
del entusiasmo ardiente
que corrió en viva llama por sus venas,
cuando escuchó elocuente
tronar la voz del orador de Atenas?

Tú fuiste, oh santo fuego,
tú quien el duro mármol animaba
bajo el cincel del inspirado griego;
tú quien la trompa de Marón sonaba:
en cuanto el mundo a la memoria ofrece
de eterno, de elevado,
tu creador espíritu aparece;
tú ante el funesto vaso envenenado,
en el alma de Sócrates brillabas,
tú la mano de Apeles dirigías,
en la lira de Píndaro sonabas
y la lanza de Arístides blandías.

Mas ¡oh!, ¿por qué ofuscada
a tan remota edad vuela mi mente?
La centella sagrada,
de la aureola de Dios destello ardiente,
que de la antigua Grecia derruida
el canto melodioso
eternizó y el brazo belicoso,
¿yace entre sus escombros extinguida?

No. -Como chispa eléctrica impaciente
que, presa en frío pedernal, no pudo
brillar, hasta que siente
de acerado eslabón el golpe rudo:
así en medroso pasmo

en tu pecho dormía,
juventud española, el entusiasmo;
mas cuando el regio acento generoso
retumbó por los ámbitos de España,
de el Pirene riscoso
al confín andaluz que Atlante baña;
estalla al fin la mágica centella
las almas conmoviendo,
y el abatido pueblo se levanta,
y en sed de gloria ardiendo,
lidia el guerrero y el poeta canta.

¡Todo es ya entusiasmo, todo es vida!
Navarra muestra su campaña en sangre
de rebeldes teñida;
allí guerrera juventud, clamando
«¡Cristina y libertad!» En ronco acento,
la espada desnudando,
la vaina arroja al viento,
y al son del himno nacional se lanza
con noble bizarría
sobre la hueste audaz que el polvo muerde
en Luchana, Arlabán, Mendigorriá.

Aquí los que sintieron
su pecho palpar, en mudo asombro
de rodillas cayeron
ante la Virgen pura
cuyo rostro de cándida hermosura
y maternal desvelo
reveló al gran Murillo el mismo cielo.

Los que el sagrado canto
que entonaba León en arpa de oro
oyen con tierno llanto,
y al Dios del almo coro
alzan también el cántico sonoro.

O al robusto sonido
de la trompa de Herrera, ante sus ojos
ven cargadas de bárbaros despojos
a las veleras naves españolas
victoriosas bogar, cuando Lepanto
con turca sangre enrojeció sus olas.
Todos en lazo fraternal unidos,
digno templo a las artes elevando,

preparan ya los himnos merecidos
y aprestan los pinceles
con que en la edad futura eterna sea
la fama de esa hueste generosa
que por su reina hermosa
y por la santa libertad pelea.

Mas ¡oh!, ¿qué nuevo rayo
de luz las liras y los lienzos dora,
como a los campos del florido mayo
el resplandor de la rosada aurora?
¿Me engaña mi deseo?
¡Vedla!... ¡Es ella!... ¡Es Cristina!
su presencia divina
baña de lumbre el español Liceo.

Busca en tu dulce lira
cómo pintar su célica hermosura
que amor y gloria inspira,
si al humano poder por dicha excedes,
inspirado poeta:
búscalos tú, pintor, si hallarlos puedes
en el vario color de tu paleta.
Pintadla augusta, hermosa,
sobre el excelso trono castellano
la frente hollando del rebelde fiero,
y con risa bondosa
ciñendo de laureles con su mano
al pintor, al poeta y al guerrero.

EPÍSTOLA

(A don Mariano Roca de Togores (hoy marqués de Molíns) en la muerte de su esposa)

Hay en la vida lágrimas, Mariano,
que la amistad contempla silenciosa,
porque enjuagarlas intentara en vano.

Al que las llora en la reciente losa
de un sepulcro do en flor arrebatada
la dulce prenda de su amor reposa,

no con usados pésames le agrada
ver en el llanto que a sus solas vierte

la majestad de su dolor turbada.

¿Pues quién, mi caro amigo, de otra suerte
antes que yo consuelos te ofreciera?
Si heridas que feroz abre la muerte

mano mortal cicatrizar pudiera,
¿cuál para ti, cuál otra que la mía
más diligente y cariñosa fuera?

Contigo me crié: contigo un día
en las aulas bebí de San Mateo
el fuego de la hermosa poesía.

Aún me parece que vagar te veo
con precoz gravedad, cuando sonaban
las suspiradas horas de recreo,

mientras otros, astutos, se burlaban
del ayo inexorable, y bulliciosos
por el talado jardinillo andaban.

Allí vimos brotar los generosos
alientos de cien jóvenes, que ahora
son en ciencia y valor nombres gloriosos.

Allí rayar en su brillante aurora
de Espronceda, ¡oh dolor!, el genio ardiente
que el soplo de la muerte heló a deshora.

Allí León el ánimo valiente
apercibía a la inmortal jornada
que vio de Huesca la asombrada gente.

Allí Pezuela en lira delicada
probó la diestra que empuñar debía
la épica trompa y la fulmínea espada.

Allí Ochoa, de ciencia y poesía
apurando el raudal con noble empeño,
labraba su futura nombradía.

Allí en tono, ora grave, ora risueño,
rico de inspiración sonaba el canto
de Felipe, el satírico limeño.

Allí otros mil... -¡Oh fugitivo encanto!
¡Oh sonrisa primera de la vida!
¡Recuerdo de placer, que arranca llanto!

¿Y qué, Mariano, la ilusión perdida
de la edad infantil, en noche oscura
nos dejó acaso el alma sumergida?

¿No hay ya un rayo de luz serena y pura?
¿Es este mundo una región de duelo,
de desesperación y de amargura?

¡No, no es verdad! -Del nebuloso cielo,
del negro septentrión esa herejía
vino en traje francés a nuestro suelo.

¡Todos pecamos! -Yo también un día,
gimiendo adrede, por seguir la usanza,
vime arrastrado en la común manía

a esa espelunca do a leer se alcanza
sobre la puerta con azufre escrito:
«¡Ay! Dejad, los que entráis, toda esperanza.»

Allí en verso trotón y a voz en grito
lloraba su vejez anticipada
un melenudo imberbe mancebito.

Otro de la romántica pleyada,
que tres lustros de edad mostraba apenas
al blando arrullo de niñez mimada,

lloraba desengaños a docenas
de esta imperfecta sociedad que al hombre
ata, al nacer, con grillos y cadenas.

Y porque más su desventura asombre,
quejábase también de estar minado
de una secreta enfermedad sin nombre.

¡Era un vivir aquel desesperado!
Sólo se oía en recia taravilla:
¡Maldición! por un lado y otro lado.

Por fin de aquella fiera pesadilla
conseguí despertar con trasudores

a las voces de Lista y Hermosilla.

Y al contemplar de nuevo los albores
del sol que en torno a mí la densa bruma
disipaba con vivos resplandores,

dije: ¡Gracias a Dios! -Pues ni me abruma
la sociedad, ni anillo con veneno
llevo, ni tengo mal que me consuma;

ni he sido de fortuna tan ajeno
que un fiel amigo, una mujer constante
no hallase alguna vez; yo no soy bueno

para tanto gemir. -Extravagante
empeño es sepultarse de por vida
en el infierno bárbaro del Dante

y no vagar, con alma embebecida
en trinos de aves y en olor de rosas,
por los jardines mágicos de Armida.

Mis ojos otra vez a las hermosas
regiones se alzan del sereno polo
a buscar sus deidades fabulosas;

que yo la lira del crinado Apolo,
que invoqué tantas veces, al ruido
de las doradas ondas del Pactolo,

no he de trocar por el feroz graznido
del repugnante pájaro que viene
del hedor de las tumbas atraído;

y prefiero las aguas de Hipocrene
a esas lagunas cenagosas, donde
blanca fantasma su morada tiene,

y al que pide favor sólo responde
con un ósculo hediondo y un acero
que entre los pliegues de su manto esconde.

Álcese Byron de su numen fiero
en las alas flamígeras, y escoga
a su espíritu audaz nuevo sendero.

Tímido el mío a tanto no se arroja,
y me conduce por la usada huella
que en dulce resplandor bañó Rioja.

¿Tan escasa de luz brilló la estrella
de las clásicas musas? Si el auxilio
invocaba Boscán de Erato bella,

¿no deleitaba en pastoril idilio?
¿Tan mal la trompa de Caliope suena
en los cantos de Homero y de Virgilio?

Y tú, Mariano, que en la amarga pena
a que el humano esfuerzo no resiste
derramas de tus ojos larga vena;

si algún consuelo a tu dolor existe,
sólo en las musas le hallarás acaso:
sí, que también para el que llora triste

tiene lágrimas dulces el Parnaso:
las que en el lamentar de dos pastores
vertió sin duelo el tierno Garcilaso.

Y ya que el golpe irreparable llores,
corra al son de la cítara tu llanto;
que del que viertas tú nacerán flores.

Ven, y hallarás el bálsamo que un tanto
alivie tu mortal melancolía
en la antigua amistad y en el encanto
de la consoladora poesía.

ORILLAS DEL PUSA

¡Qué calor!... Sudando llevo,
por la empinada montaña
resbalando,
a este valle que en sosiego
tu corriente, ¡oh Pusa!, baña
susurrando.

Déjame un rato olvidar
en tus orillas mis penas,

y el sediento
labio en tus ondas mojar,
y en tus húmedas arenas
dame asiento.

Tu raudal, de ese elevado
monte al Tajo, en raudo giro
se derrumba,
tan humilde que, sentado,
desde aquí su cuna miro
y su tumba.

No importa que al Tajo ufano
tu breve curso no iguale;
corre ledó;
y que nunca el cortesano
en la carta te señale
con el dedo.

¡Feliz quien encuentra un llano
donde los cerros evite
de la vida,
y allí, del mundo lejano,
tu breve carrera imite
y escondida!

Ese Tajo caudaloso
en cuyo profundo seno
vas a morir,
ya con puente ponderoso
su terso raudal sereno
siente oprimir.

Ya la artificiosa presa
su rápido curso estorba;
ya descende
ruin batel que se empavesa,
y su cristal con la corva
quilla hiende.

Su destino es envidiar,
o de tu curso suave
la paz suma,
o el alto poder del mar
que puede tragar la nave
que lo abruma.

¡Pobre Pusa!... Si insolente
por esos tendidos llanos
te lanzaras,
en tu cristal inocente
¡cuántos siervos y tiranos
retrataras!

De aquel trance malhadado
de las armas españolas
fue testigo
Guadalete ensangrentado,
y abrió tumba entre sus olas
a Rodrigo.

Berecina el lauro honroso
que cuatro lustros tejieron
hondo tragó,
y el poder de aquel coloso
que los hombres no vencieron,
allí se hundió.

Pusa humilde, manso río,
tu dichoso apartamiento
le procura
contra el ardor del estío
al peregrino sediento
agua pura.

Y al pastor que a tu campiña
desde ese monte desciende,
y al rebaño
que a tus márgenes se apiña,
y al can que el redil defiende
fresco baña.

Y hoy a mi cuerpo cansado,
contra el sol que ardiente pica,
blando solaz.
¡Pusa, adiós!... Corre ignorado,
y los quintos de Malpica
fecunda en paz.

LA AGITACIÓN

¡Imposible arrancar del alma mía
sino acentos de amor!... Caber no puede
donde impera tu imagen adorada,
sino amor, sólo amor... Cuanto solía
mi pecho conmover... ya todo cede
a la ardiente mirada
de tus luceros bellos.
Mal mi grado a sus mágicos destellos
mi turbulenta vida está sujeta.

Como al influjo de fatal cometa
cede el bajel al ímpetu rugiente
del huracán sañudo,
y al puerto amigo arrebatarse siente,
o va a estrellarse en el peñasco rudo:
así en la fiebre do anhelando gira
esta alma delirante,
tus ojos son, Amira,
los que entre el puerto y el peñasco errante,
sin elección, perdido el albedrío,
la oscilación del huracán le imprimen,
y en ciego desvarío
lánzase a la virtud, lánzase al crimen.

Y este vaivén continuo, esta perpetua
conmoción es la vida. -¡Cuántas horas,
mudo, yerto, insensible
como la piedra en que sentado estaba,
en seguir las sonoras
ondas de la corriente que pasaba
inerte consumía!
¡Cuántas la vista atenta
iba siguiendo estúpida la lenta
sombra que en derredor del tronco huía!

Campo de soledad, yo te buscaba
porque el mundo decía
que la felicidad en ti habitaba,
y en aquel corazón que la invocaba
su misterioso bálsamo vertía.

Mi corazón de fuego
en ti no la encontró: floresta umbría,
silenciosa montaña, campo triste,

yo la paz de la vida te pedía,
tú la paz de la tumba me ofreciste.
Felicidad, ¿dó estás? -Este vacío
que al dilatarse el corazón no llena,
ven, ocúpalo tú. -Si ronco suena
el guerrero clarín, y a la matanza
el hombre vuela contra el hombre, dime:
¿bastarame empuñar la férrea lanza
y a la pugna volar? Cuando mi diestra,
al son triunfal de los preñados bronce,
en sangre bañe la mortal palestra,
misteriosa deidad, ¿te hallaré entonces?

En el tropel del mundo
yo también te busqué. Torvo guerrero,
sobre carro veloz, de lauro ornado,
agitando el acero,
en lágrimas y sangre salpicado,
raudo al cruzar la turba peregrina,
«¡Felicidad, felicidad!» clamaba;
y en tanto: «Aquí domina»,
otro desde la tumba me gritaba,
¿En la vida? ¿En la muerte?
¿Dónde estás para mí? -¡Silencio mudo!
¡Y las horas corrían!...
¡Y los años volaban!...
Las hojas de los árboles caían...
Las hojas de los árboles brotaban.

¡Una mujer! Con su flotante velo
tocó al pasar mi frente:
trocese en fuego de mi pecho el hielo,
mis entrañas temblaron de repente:
los brazos tiendo a la fantasma bella.
Mas al asirla, alzada
vi un ara ante mis pies, y detrás de ella
mi visión adorada;
y un misterioso acento que decía:
«¡Profanación..., delito!»
Y en su abatida frente se leía
un juramento escrito.
Mi planta no, mas de mi pecho ciego
llegó un lamento a penetrar su oído,
y en sus trémulos labios tocó el fuego
de mi ardiente gemido.
Abrió sus ojos por la vez primera

dejándome con sola una mirada
en devorante hoguera
toda el alma abrasada.

¡Ah! ¿Qué me importa? Agitación sublime,
¡yo te adoro! ¡Tú eres
alma de mi existencia! -Oprime, oprime
un corazón a quien la calma espanta:
inunda, inunda mi mejilla en lloro:
clamar me oirás entre congoja tanta:
agitación sublime, ¡yo te adoro!

A DON JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS

(Contestando a una carta suya en tercetos, en que me pedía hora para hablarme)

«Si en la frente del hombre se leyeran
escritos los afanes de su pecho,
¡cuántos que envidia dan, lástima dieran!»

Esto en algún momento de despecho
dijo el buen Metastasio en italiano:
ponerlo en español es lo que he hecho.

Y con ese terceto que te hilvano
tus dos primeros contestados dejo;
¿me entiendes, Amador? -Vamos al grano.

No pienses, caro amigo, que me quejo
del importuno enjambre pretendiente
que en pos me sigue, impávido cortejo:

no me quejo de ver que se presente
uno a quien nunca vi, ni me hace falta,
y me diga: «¡Aquí estoy!... Soy tu pariente.»

No me quejo del sandío que me asalta
porque le gusta la casaca roja
y quiere que le dé la Cruz de Malta.

Ni del chinche a quien verme se le antoja
cuando voy a afeitarme o a vestirme,
y si no le recibo se me enoja.

Ni de los que me aguardan a pie firme
en el portal de casa, en la escalera,
sin poder de sus garras desasirme.

Ni de la viuda cócora y parlera
que me repite siempre el estribillo
de que le den seis pagas tan siquiera.

«Vamos, sáqueme usted un socorrillo.
Usted lo puede hacer en un momento;
usted tiene a la Reina en el bolsillo.»

No me quejo, Amador, no me lamento
de esa turba procaz; que al encumbrarme
ya esperaba sufrir este tormento.

De quienes debo con razón quejarme
es de amigos cual tú; sí, de ti sólo
que pides hora y sitio para hablarme.

¡Y vive San Francisco Caracciolo,
que a no venir tu ruego impertinente
en el idioma del celeste Apolo,

circunstancia que ha sido suficiente
a desarmar mi enojo, la respuesta
fuera una interjección poco decente!

Mas no quiero reñir: pase por esta.
Sabes mi casa: a ver si yo consigo,
entre tanta visita y tan molesta,
recibir una vez a un tierno amigo.

AL EXCMO. SR. CONDE DE SAN LUIS

(Por la creación del teatro español)

¿Dónde la gloria vive del que un día,
en Accio vencedor, desde las cumbres
del enriscado Cáucaso a las playas
del mar de Luso dilató su imperio?
¿Dónde? -Ese imperio destrozó en un punto
bárbara hueste que lanzó cual raudo
torrente el Septentrión: circos y templos,

termas, palacios, todo, el habla misma
despareció; mas al común estrago,
sobre siglos sin fin, los inmortales
cantos de Horacio y de Marón divinos
sobreviviendo van, y allí la gloria
del protector de las romanas letras.
¿Qué es del trono fortísimo que en sangre
de turbulentos próceres la dura
mano afirmó, cabe el medroso Sena,
del purpurado Richelieu? Juguete
del viento popular, voló en pedazos.
Mas contra el murmurar de la indignada
posteridad, el opresor valido
salva su gloria en la que alzó, y aún vive
con renombre inmortal, docta Academia.
Tú, más que a los históricos ejemplos
y ardiente sed de fama, a los impulsos
del corazón magnánimo que abrigas,
obedeciendo fiel, en tus floridos
años, asunto con tus hechos prestas,
oh noble conde, a la española Musa.
Ella, en tanto que al pie del soberano
solio te vio, dispensador de honores,
mezclar su voz no quiso a la que alzaba
el lisonjero, que al poder presente
cerca y ensalza, gárrulo cortejo.
Mas a la puerta del modesto albergue
que hoy tornas a habitar, rico de gloria,
te esperó silenciosa, el plectro de oro
presto, y la voz y la sonante lira.
Oye cuál vibra en tu loor, y el estro
de cien vates inflama que a porfía:
«Eterno, cantan, vivirá tu nombre,
protector del saber.» -¡Oh noble, oh digno
premio que tanto mereciste y gozas!
Gózalo en paz; y el que ásperos desdeñes
halla no más y hondo silencio, cuando
de la áurea silla del poder la inestable
deidad le precipita, a sí se culpe.
No riqueza y dominio a la existencia
bastan de un pueblo. Si las sabias leyes,
la abundancia, la paz su cuerpo nutren,
alma tiene también, y el alma vive
de esa gloria purísima, que el vulgo
de los graves políticos desdeña
y humo vano apellida. -Tú, arrostrando

tal vez su risa imbécil, decoroso
templo alzaste a Talía. -Allí de Lope,
de Calderón, de Rojas y de Inarco,
de Moreto y de Tirso, numeroso
pueblo torna a admirar, ora discreta
y en artificio rica, ora terrible,
ora humilde y moral, la siempre nueva
dramática ficción. -Los que al reflejo
de aquellos faros luminosos siguen
la ardua senda con gloria, que a la cumbre
del sacro Pindo guía, de las rosas
que en sus pensiles de eternal verdura,
al amoroso riego de Hipocrene
dulce fragancia esparcen, ya preparan
a tus sienes espléndida corona.
Yo, a quien no es dado la sublime altura
del Helicón pisar, una sencilla
flor de su falda corto; ofrenda humilde
que agradecido te presento en estos
desaliñados números, que acaso
no morirán, porque tu nombre llevan.

AL EXCMO. SR. MARQUÉS DE MOLÍNS

Oportuno en verdad viene ese tanto
a mediar el terceto antecedente,
pues me convida a principiar con llanto...

Llanto vierten mis ojos, hechos fuente,
Mariano, desde aquel tremendo día,
en mi memoria sin cesar presente,

cuando en la lucidez de su agonía,
estrechándome tierna al casto seno,
«¡Todo es verdad!» mi esposa me decía.

¡Todo es verdad! -¡Oh Dios! Si en ronco trueno
sonó un día tu voz, y a su rugido
Saulo en tierra cayó de asombro lleno,

¡oh milagro de amor no merecido!,
tu voz por aquel labio moribundo
tocó en mi corazón estremecido.

Gusano vil en lodazal inmundo,
alas de mariposa me nacieron,
y con ellas me alcé lejos del mundo.

A regiones más puras me subieron;
mas no he llegado a la sublime alteza
de los que el lazo mundanal rompieron.

¿Cuándo será? -¡Me oprime la tristeza!
El pesar en que a solas me consumo
cesa al dormir, y al despertar empieza.

Pídele a Dios omnipotente y sumo
que te guarde a tu Carmen... ¡ay, amigo!
y no le pidas más: el resto es humo.

De tu casta mitad al dulce abrigo,
dondequiera que estés, patria y honores
y placer y amistad verás contigo.

¡Ay! Para mí no tiene el mundo amores,
ni encantos la amistad, ni luz el día,
ni calor el hogar, ni olor las flores.

Hoy viene a acrecentar la pena mía
la memoria del santo aniversario
que a tu lado pasé... ¡y ella vivía!

¡Cuán distinto de aquél! -Destino vario
a ti te arroja cabe el turbio Sena,
a mí en Madrid me amarra solitario.

Mas ¡ay! el bronce místico resuena.
Media noche sonó... Luz desusada
brota en Belén, y el universo llena.

¡Triste prole de Adán, ya estás salvada!
El Niño Dios que los pecados quita
nos abre ya la celestial morada.

¡Oh placer! ¡Allí está! -De Dios bendita,
mi Manuela, vestida de hermosura,
entre los puros ángeles habita,

¡alma inmortal! De la celeste altura
por tu marido y por tus hijos vela,

que moran este valle de amargura.

Sí, Mariano: tu amigo sólo anhela
sentir en breve el lazo desatado
que este cautivo espíritu encarcela;

y por tanto dolor purificado,
a mi esposa en la gloria unirme presto...
y ver que allí también a nuestro lado
te guarda Dios el merecido puesto.

ODA

(La paz: al nacimiento del príncipe imperial de Francia)

Iris de paz, iluminando el cielo,
la tempestad serena;
el águila imperial recoge el vuelo
y torna al patrio Sena.

No en vapores de sangre se embriaga,
ni llama a la pelea;
ya en su garra potente el rayo apaga
que fulminó en Crimea.

Sus alas tiende, cual dosel brillante,
sobre la regia cuna,
donde reposa del francés triunfante
la gloria y la fortuna.

Y allí a par descendiendo apresurado
de la eternal montaña,
a custodiar el vástago anhelado
llega el león de España.

Que sangre de Guzmán corre en sus venas:
sus tímbrs maternas
escritos muestra España en las almenas
de Tarifa inmortales.

Siempre un Napoleón Dios nos envía
con misterio profundo,
cuando place a su gran sabiduría
recomponer el mundo.

Ya en vez del plomo, que en estruendo rudo
sobre el francés vomita,
de allá le envía su cortés saludo
el bronce moscovita.

Del Cáucaso a la cumbre pirinea
y por los anchos mares,
unida al lienzo tricolor, ondea
el aspa de los czares.

Y cubriendo de rosas sus espadas,
de oliva sus pendones,
al festín de la paz alborozadas
acuden las naciones.

Paz ese niño, y dicha y abundancia
en su destino encierra.
Pueblos, velad por él: -¡La paz de Francia
es la paz de la tierra!

BALADA QUE SE CANTÓ EN SU TEATRO DE CARABANCHE

Puesta en música por el maestro Inzenga.

(A la Sra. condesa del Montijo, en sus días)

I

Ausente y presente a un tiempo,
te aflige y te halaga amor;
que el Adur y el Manzanares
dividen tu corazón.
Y en dulce duda,
fijando estás
aquí tus ojos,
tu mente allá.

II

Allá un suspiro del alma
pide a tu amor maternal
la que en premio a sus virtudes

ciñe corona imperial.
Y en dulce duda,
fijando estás
aquí tus ojos,
tu mente allá.

III

Aquí otra prenda querida,
que también tiene a sus pies,
cual reina de la hermosura,
vasallos cuantos la ven.
Y en dulce duda,
fijando estás
aquí tus ojos,
tu mente allá.

LA GUERRA DE ÁFRICA

(Cantata ejecutada en presencia de SS. MM.
en la función celebrada el 8 de abril de 1860 por el Real)

CORO

Grito santo asorda el viento:
«¡A las armas! ¡Guerra, guerra!
El infiel derriba en tierra,
madre España, tu blasón.
Cruce el mar la invicta hueste
a salvar de vil mancilla
los leones de Castilla
y las barras de Aragón.»

Al rumor del torpe ultraje,
indignado el pueblo ibero,
ya desnuda el fuerte acero
y la vaina al viento da.
Ya entre vítores tremola
la bandera roja y gualda,
que del Atlas en la espalda
tinta en sangre flotará.

RECITADO

Alza en vano el Estrecho montes de olas;
en vano el viento brama:
que allá van las legiones españolas
donde el honor las llama.

Lanza en vano cien kábilas la sierra
con ímpetu salvaje;
que allí con sangre vil bañan la tierra
que presencié el ultraje.

Más ruge el huracán: sopla la peste:
la lluvia inunda el suelo.
¿Caerá deshecha la cristiana hueste
por ti, Señor del Cielo?

En medio al campo, sobre monte erguido,
un altar se levanta;
y en sus humildes manos el ungido
eleva la hostia santa.

Hace salva el cañón; rompe sonora
militar armonía:
la hueste arrodillada a Dios implora
y su oblación le envía.

PLEGARIA

¡Señor!, hijos somos
de aquellos varones
que a ignotas regiones
llevaron tu cruz.
Tu cruz, que en Granada
con gloria plantada
lanzó por el orbe
su vívida luz.

¡Señor!, esta impura
fanática raza
tu nombre rechaza,
tu gloria no ve.
A España concede
que rasgue su venda
y en África encienda
la luz de tu fe.

RECITADO

Dios los oyó: se aleja la tormenta;

la mortífera peste va en su seno:
radiante el sol con majestad se ostenta
de un cielo puro en el azul sereno.
Siente en su pecho el adalid hispano
de inspiración la llama:
él nunca se abatió; ya en cien combates
su constancia y valor cantó la fama.

En bárbaras regiones,
émulo de Cortés, ora acaudilla
inexpertas legiones,
que al contacto de la árabe cuchilla,
al trueno del cañón, al rudo embate
del terco moro en desigual combate,
tórnanse luego en invencible tropa,
terror de Libia, admiración de Europa.

Nada resiste a sus heroicos bríos.
Ya surcando el desierto
por áspero camino, a hierro abierto;
ya cruzando altos montes y hondos ríos;
de victoria en victoria
a la vega feraz se precipita,
campo de nueva gloria,
do luchando otra vez, y otra vencido,
huye despavorido
el atezado Hamet. -La hueste grita:
¡Tetuán por Isabel! -Y en la Alcazaba
el pendón español triunfante clava.

HIMNO FINAL

No más desde sus playas,
con bárbara osadía,
la tierra, suya un día,
aceche el musulmán.
No infeste el aire puro
la brisa de los mares,
trayendo a nuestros lares
los ecos del Corán.

Magnánima Heredera
del celo de Pelayo,
tu diestra el ígneo rayo
al África lanzó.
Y el niño Alfonso un día
sabrás que por tu mano

el suelo castellano
su límite ensanchó.

El muro donde España
su enseña al aire ondea,
jamás flotando vea
las lunas del infiel.
Y de uno en otro siglo
sin tregua se repita
la voz que al mundo grita:
¡Tetuán por Isabel!

A mi amigo, el Excmo. Sr. don Tomás de Corral

No pienses que esta epístola,
Corral excelentísimo,
va dirigida al célebre
de Hipócrates discípulo.

Por más que yo, sin brújula,
bogue en estrecho círculo,
sin que tus sabios récipes
den al bajel más ímpetu;

no tanto aflige el ánimo
de este doliente mísero
el ver la ausencia crónica
de su doctor científico,

como las dulces pláticas
del amigo carísimo
no oír, ni en grato diálogo
darnos placer recíproco.

Lo que es en cuanto al médico,
si de mi casa el címbalo
tocase, y dentro viéralo,
fuera con él brevísimo.

Solamente dijérale
que ante el poder febrífugo
de las plateadas píldoras
que introduje en mi físico;

y gracias a la pócima
con que Simón el químico
purgó mi región ínfima
de materiales rígidos;

y a la virtud benéfica
de aquel sabroso líquido,
producto del cuadrúpedo
que con Balán fue explícito;

ya mis repuestas vísceras,
merced a estos antídotos,
con su morbosos cómplice
han roto el fiero vínculo.

Y dócil ya mi estómago
digiere el néctar índico,
que en espumante jícara
es de mi gula el ídolo,

si bien no tan benévolo
suele mostrarse el pícaro
cuando la carne sólida
(aunque de tierno vítulo)

envuelta en jugos gástricos
baja al duodeno crítico,
y toca por sus trámites
en la región del hígado.

Ya allí más climatérico
se presenta el capítulo:
que el abdomen atónico
se eleva timpanítico.

La digestión, por último,
cuesta trabajos ímprobos;
mas se hace, y presto el órgano
vuelve a su estado prístino.

En estos días plácidos
en que, venciendo el frígido
rigor, el numen délfico
mostró su rostro vívido;

salí, según sus órdenes,

en alquilón vehículo,
del ambiente atmosférico
a aspirar el oxígeno.

Mas ni aun con ese método
place al dios soporífero
que de noche mis párpados
cierre sueño pacífico.

Esto al doctor dijérale,
mas no podré decírselo;
que de mi hogar doméstico
tocar no quiere el címbalo.

Tú, pues, que de ese prófugo
amigo eres tan íntimo,
según es fama pública,
Corral amabilísimo;

tú de mi parte búscale
y dile que mi espíritu
se apoca melancólico
si no entona mi físico.

Que un régimen dietético
me imponga, y yo solícito,
más que el Corán los árabes,
guardaré sus artículos.

Dile que si algún mérito
halla en mis versos líricos,
y de escritor dramático
me otorga el alto título,

torne a este cuerpo lánguido
vigor que mi estro rítmico
encienda; y de mi cítara
verá que al son dulcísimo

canto su nombre célebre,
que es ya de salud símbolo;
y acaso al suyo uniéndole
suba mi nombre altísimo.

RESPUESTA A UNA CARTA

No es que me he muerto;
sino al revés,
es que no quiero
que a suceder

llegue tal cosa;
y he aquí por qué
ayer no tuve
la intrepidez,

oh mis queridos
Luis y José,
de visitaros
como anteayer.

Mas no por eso
imaginéis
que a estarme en casa
me condené.

¡Qué disparate!
No eran las diez
cuando me puse
en la del Rey.

Mas ¡ay, amigos!
no bien llegué
a la Carrera,
cuando un tropel
de ciudadanos
veo correr;

y uno (que debe
quererme bien)
me grita: -«¡Vega,
no pase usted!

Dos horas largas
¡voto a Luzbel!
ahí me han tenido
con otros cien,

sudando el quilo,
muerto de sed,

llevando a cuestras
hasta un cuartel

unos cajones
no sé de qué:
y a esto se agrega
que tal cual vez

me sacudían
en el envés
un zurriagazo
que era un placer.»

Yo que tal oigo
dije a mis pies:
¿para qué os quiero?,
y eché a correr.

Esta es la historia.
Hoy otra vez
la probatura
volveré a hacer;

y si consigo
pasar con bien,
sin vapuleo
ni otra merced,

a vuestra casa
iré a comer.
Adiós, amigos,
hasta después.

Madrid y julio,
diez y ocho de
mil ochocientos
cuarenta y tres.

SONETO

(Al capitán general don Javier de Castaños, en sus días)

Si atrevida tal vez la lira mía
osa turbar con importuno acento

el noble afán del alto pensamiento
en que la patria sus destinos fía;

perdóname, Señor, que en este día
mal sintiera de Apolo el sacro aliento,
si al fiel clamor del popular contento
no mezclase mis cantos de alegría.

Que nunca de tu aurora bienhadada,
por más que corran los veloces años,
la memoria feliz España pierde.

No: que la patria que salvó tu espada
jamás recuerda el nombre de Castaños
sin que los lauros de Bailén recuerde.

SONETO

(A la toma de Tetuán)

Musas, alcemos de victoria el canto:
España despertó: su honor la inspira;
y fue el arranque de su noble ira
del mundo admiración, de África espanto.

En desagravio al fin de ultraje tanto,
Tetuán postrada a nuestros pies se mira.
Musas, cantad y al eco de la lira
reverdezcan los lauros de Lepanto.

Sí; que al ver por las ondas del Tirreno
allá lanzarse en la guerrera popa
hueste arrojada y adalid sereno;

y que a sus antros con terror galopa
roto y vencido el bárbaro agareno...
ya con respeto nos saluda Europa.

ENTRE TIERRA Y CIELO

No extiendas, pobre niña,
esa inocente mano;

que buscarás en vano
el seno maternal.
Tu vida es un enigma:
de madre no naciste:
hija de un sueño fuiste,
de un sueño funeral.

En noche bulliciosa
de fiesta y alegría,
mi ardiente fantasía
fingiose una mujer.
Mirome; y a sus brazos,
a par que me miraba,
sentí que me arrastraba
magnético poder.

Desvanecido en ellos
caí con pasión loca,
bebiendo de su boca
el balsámico olor.
Y ciego, y delirante,
gozaba entre caricias
las últimas delicias
de un inmortal amor.

De pronto al pecho mío
llegar su mano siento,
que con puñal violento
me hiere el corazón.
A asirla voy, y al punto
cual sombra desaparece,
y en su lugar se ofrece
fantástica visión.

Un lívido esqueleto
era mi prenda amada:
de sierpe su mirada,
de hiena era su voz.
Y de su propio seno
pedazos se arrancaba
y a mí los arrojaba
con ademán feroz.

Huyó por fin; y libre
de aquel horrible ensueño,
de mis sentidos dueño,

convulso desperté.
¡Ay! no fue sueño todo:
que en llanto y desconsuelo,
sola entre tierra y cielo,
niña infeliz, te hallé.

Ven, único recuerdo
de aquel amor soñado;
objeto abandonado
de la que el ser te dio.
Si aquel amor fue sueño
de enferma fantasía,
mi amor a ti, hija mía,
no será sueño, no.

DESPEDIDA A UN AMIGO

Con bien te lleven, mi querido amigo,
propicio el viento, bonancible el mar.
¡Oh si pudiera saludar contigo,
tras tanta ausencia, mi paterno hogar!

¡Oh cuánto fuera mi consuelo, cuánto,
si en esa nave huyéramos los dos!
¡Oh si a este suelo, donde sufro tanto,
pudiera darle mi postrer adiós!

Tranquilo viera y con serena calma
desatarse bramando el aquilón:
¿junto a la horrible tempestad del alma,
las tempestades de la mar qué son?

Mas ya que quiere mi fatal estrella
con duros lazos sujetarme aquí,
por mí te postra, y con tus labios sella
la tierra amada en que feliz nací.

Llévale tú los ecos de mi lira,
que ya desde hoy resonará en su honor:
dile que es ella el numen que me inspira
y el solo objeto de mi ardiente amor.

LA CITA

Nunca más bello color
dio al horizonte tu llama,
astro de eterno fulgor,
al esconder tu esplendor
la cumbre de Guadarrama.
Nunca tu aroma sentí
más delicioso que ahora,
linda rosa carmesí;
nunca más bella te vi
con las perlas de la aurora.
Arroyo, que turbio y feo
ayer te vi deslizar,
¿cómo tan limpio te veo,
que ya de tu fondo creo
las arenillas contar?
Galanos campos que hacéis
de toda esta pompa alarde,
¿a quién celebrar queréis?
¿O es por dicha que sabéis
que viene Laura esta tarde?

VERSOS RECITADOS EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE

(En una función de aniversario de Cervantes)

Si de Norte a Mediodía,
en uno y otro hemisferio,
no abarca ya nuestro imperio
los pueblos que abarcó un día;
por un nombre todavía
somos lo que fuimos antes:
pues los que más arrogantes
las glorias de España ultrajan,
callan y la frente bajan
cuando decimos: ¡Cervantes!

Roma y Grecia, que al acero
del bárbaro el cuello dan,
hoy viven y vivirán
en Virgilio y en Homero.
Contra el destino severo
que así en los pueblos se ensaña,

un libro nos acompaña
al eterno porvenir.
¿Puede el Quijote morir?
Pues morir no puede España.

Vosotros, que al grito santo
respondéis de patria y gloria,
venid, honrad la memoria
del Soldado de Lepanto.
¡Gloria al que es del orbe encanto!
¡Gloria al ingenio fecundo,
festivo a un tiempo y profundo!
¡Gloria al Cautivo de Argel!
Aún nos llamamos por él
la primer nación del mundo.

A LOPE DE VEGA

(Versos recitados en el teatro en una función de aniversario)

Tres siglos ha que este sol
que hoy luce en el firmamento
alumbraba el nacimiento
del gran poeta español.
Purificado al crisol
de una edad y de otra edad,
monstruo de fecundidad,
numen de la patria escena,
Lope con su nombre llena
del mundo la inmensidad.

En la modesta mansión
que oyó su postrer gemido
hoy a Lope se ha rendido
tributo de admiración.
Aquí con mayor razón,
aquí, templo de su gloria,
donde una y otra victoria
le ornaron de resplandores,
demos público y actores
un aplauso a su memoria.

BARCAROLA

(Cantada en la fiesta que dio S. M. en su Real Casino el día 24 de julio de 1846, en celebridad de los días de su augusta Madre doña María Cristina de Borbón)

Barquilla que conduces
tanto tesoro,
envídiente las naves
cargadas de oro.
¡Preciosa barca!
En ti va la riqueza
mayor de España.

Deslízate orgullosa,
que va en tu seno
la halagüeña esperanza
de todo un pueblo:
la ninfa hermosa
en cuya frente brilla
regia corona.

Va también a su lado,
vertiendo amores,
la que con ella parte
adoraciones:
la infanta bella,
que en virtudes y gracias
también es reina.

Y la madre que a entrambas
meció en la cuna
y prodigó el tesoro
de su hermosura.
Y aunque dio tanta,
todavía a su rostro
sobraron gracias.

Condúcelas serena,
nave dichosa;
que sobre el manso río
duerman las olas.
¡El cielo quiera
que así corran los días
de su existencia!

¡Y ojalá que en la inmensa

nave española,
do afanosos, oh Reina,
tus hijos bogan,
a puerto amigo
por tan serenos mares
lleguen unidos!

POR ENCARGO DE UNA NOVIA, PARA SU NOVIO

En esa cinta te entrego
mi cabello entretejido
que por mi cuello tendido
mi llanto tal vez bañó,
imaginación que acaso
la fe que me prometías
a otras mil se la ofrecías,
tan crédulas como yo.

Mas no tan alegre día
nublar con temores quiero:
por mi amor puro y sincero
el tuyo quiero medir;
y esa cinta será el lazo
que sepa atarte a mis plantas,
si las promesas quebrantas
que me juraste cumplir.

Si con fe constante pagas
mi cariño, mis amores,
blanda cadena de flores
en esa cinta hallarás;
mas si traidor algún día
tras otra amante volares,
cuando romperla intentares
de hierro la encontrarás.

EN EL ÁLBUM DE CARMEN AGAR

Aunque en verdad me sonroja
este puesto preferente,
a tu mandato obediente
acepto la primer hoja.

Mas ¡ay! en esta ocasión
¡cómo siento, Carmen bella,
que no me acompañe aquella
poética inspiración!

Si ella animarme quisiera
cual supo en días mejores,
yo te llenara de flores
esta página primera.

¡Es en vano! Del dolor
el huracán desatado
dejó este campo asolado,
y en él no brota una flor.

Me ha quedado solamente
corazón para sentir:
ése te podrá decir
con llaneza lo que siente.

Y te dirá que si bien
te trato poco, quizás
no te quieran, Carmen, más
los que a menudo te ven.

Si oyes el lánguido son
de sus amantes gemidos,
Carmen, cierra tus oídos
y esconde tu corazón.

Y no temas ocultarlo:
por muy oculto que esté,
el que te adore con fe
pronto logrará encontrarlo.

Cuando ese instante dichoso
(¡que no hay más dichoso instante!)
te entregue, feliz amante,
en los brazos de un esposo,

¡ojalá, Carmen querida,
que logres con dicha entera
escribir la hoja primera
en el álbum de tu vida!

EN EL ÁLBUM DE SOFÍA CARONDELLET

Tu mandato cumplo fiel,
que hablar de ti me prohíbe.
Sofía, el álbum recibe
con mi nombre escrito en él.
A grabarlo en un papel
se limita mi ambición.
Ni espera otro galardón,
ni lo merece quizá.
Otro más feliz sabrá,
grabarlo en tu corazón.

Sufra, pues, sin murmurar,
sufra mi nombre, Sofía,
la misma suerte que un día
pueda a este libro tocar.
Si en momentos de pesar
con sus páginas te enojas
y en el fuego las arrojas,
irá mi nombre con ellas...
¡Ay del que no deja huellas
sino de un libro en las hojas!

EN EL ÁLBUM DE LA DUQUESA DE F.

¿Ves al ciego, cuando siente,
al entrar la primavera,
blando calor en la esfera
y perfumado el ambiente,
cómo lucha allá en su mente,
que en noche sumida fue,
hasta que con viva fe
se forja, entre mil primores,
idea de aquellas flores
y de aquel sol, que no ve?

Así yo que nunca vi
tu rostro, bella duquesa,
y oigo decir que embelesa
la hermosura que hay en ti,
mezclando, por lo que oí,

tintas de hermoso arrebol,
de mi mente en el crisol
a forjarme de ti llevo
una idea, como el ciego
de las flores y del sol.

EN EL ÁLBUM DE ISIDRA DUPUY

¿Qué pasa en mí? ¿Qué es esto? ¿Cómo ahora
latir no siento el pecho estremecido?
¿Cómo al mirarte, Isidra encantadora,
no me postro a tus pies, de amor herido?

Yo que al mirar una mujer hermosa
(no hermosa como tú, que eso no es dado)
volaba en derredor cual mariposa
hasta verme en sus llamas abrasado:

hoy la sonrisa de tus labios rojos,
tu lindo pie, tu mano torneada,
tu talle esbelto, tus divinos ojos
puedo, Isidra, mirar sin sentir nada.

¡Y yo el vínculo aplaudo que te liga!...
¡Yo te contemplo indiferente y yerto!...
¡Yo me contento con llamarte amiga!...
Mi corazón se heló; no hay duda: ¡he muerto!

EN EL ÁLBUM DE ANA SEGOVIA

No extrañes, Ana, el afán
con que el álbum te pedí,
al ver que las horas dan,
los días vienen y van
y el álbum no vuelve a ti.

No lo extrañes, Ana hermosa,
ni lo achaques a descuido
de mi musa perezosa:
en muy diferente cosa
la tardanza ha consistido.

Ardió inflamada mi mente
cuando tu hermosura vi;
y presumí fácilmente
decirte en frase elocuente
lo que yo entonces sentí;

mas ¡ay!, por más que luchaba
con la rima y la expresión,
nunca en mis versos lograba
decir lo que me inspiraba
mi ardiente imaginación.

Y juzgo que inútilmente
lucha quien hacerlo trate;
pues tu hermosura se siente,
mas no hay verso que la cuente
ni pincel que la retrate.

Confiésome, pues, rendido;
y en estos pobres renglones
que aquí a trazar me decido,
Anita hermosa, te pido
que mi tardanza perdones.

EN EL ÁLBUM DE LA CONDESA DE FUENRUBIA

Sabrás, María, que he estado,
por mala correspondencia,
privado de la existencia
y casi casi enterrado.

Por fin con vida salí:
y huyendo de la que mata,
correspondencia más grata
hoy, María, busco en ti.

Si me concedes licencia
de amarte cual tierno amigo
y de tu afecto consigo
una fiel correspondencia,
con satisfacción cumplida

diré: ¡Bendigo mi suerte!
Si una quiso darme muerte,

otra viene a darme vida.

EN EL ÁLBUM DE CARMEN GOYENECHÉ

Dichoso mil veces tú,
álbum, que del viejo mundo
corres al suelo fecundo
del opulento Perú.

Y más dichoso si alcanzas
de la hermosa arequipeña
una sonrisa halagüeña
que colme tus esperanzas.

Si en recorrer se entretiene
tus hojas, álbum, y al paso
en esta página acaso
su mirada se detiene;

con elocuente expresión
haz que resuene en su oído
el eco de este gemido
que aquí exhala el corazón.

Gemido de amor ardiente
al patrio suelo adorado,
donde de mi madre al lado
corrió mi edad inocente.

En él van dulces memorias
de aquellos días de calma,
y el adiós que da mi alma
a esperanzas ilusorias.

En él los votos que envía
al cielo mi puro amor
porque proteja el Señor
a la que fue patria mía.

Por obediencia forzosa
la dejé, de angustia lleno:
la madre España en su seno
me dio acogida amorosa.

Suyo fui; mas siempre yo
recordé con noble orgullo
que allá mi cuna al arrullo
de las auras se meció.

Mientras rencor fratricida
ardió en uno y otro bando,
mis lágrimas devorando,
calló mi musa afligida.

Hoy que a coyunda tirana
suceden fraternos lazos,
y España tiende los brazos
a la América su hermana;

bañado en júbilo santo,
yo, americano español,
a la clara luz del sol
la unión venturosa canto.

Ven, inspiración divina;
que ya a mi laúd sonoro
añado una cuerda de oro
para la gloria argentina.

Mas la estrenaré primero
ensayando un canto en ella
con que a tus pies, Carmen bella,
rinda mi afecto sincero.

EN EL ÁLBUM DE LA MARQUESA DE PORTUGALETE

(El día de su santo, viernes de Dolores de 1856)

Cuando en vistoso salón
te vi aparecer, Dolores,
entre encajes y entre flores,
de alegre música al son;

y vi por primera vez
tu talle airoso, elegante,
el candor de tu semblante,
la blancura de tu tez,

en tu encantadora faz
hallé una dulce expresión
que brindaba al corazón
con ilusiones de paz.

No la paz indiferente
del ser insensible y frío
que del mundo en el vacío
ni ama, ni goza, ni siente:

sino aquella calma grata,
imagen del mar sereno
cuando en su tranquilo seno
la luz del cielo retrata;

y en su sosiego profundo
de poder da señas tales,
que si rugen vendavales
pudiera tragar el mundo.

La paz que a gozar convida
y dulcemente conmueve,
cuando en tus manos de nieve
vibra el arpa estremecida;

o con tímido rubor,
que te da mayor encanto,
de tu simpático canto
suena el eco seductor.

Ora en brioso corcel
cruzas el prado atrevida:
ora das al lienzo vida
con tu mágico pincel.

Ya con modesta expresión
tu claro talento brilla,
y es ingeniosa y sencilla
tu grata conversación.

Sólo turba la armonía
de cuadro tan lisonjero
el nombre de triste agüero
con que hoy se anuncia tu día.

¡Qué importa! No es cosa nueva

que nos pongan al nacer
un nombre que viene a ser
sarcasmo del que lo lleva.

No temas, pues, los rigores
que tu triste nombre augura:
Dios no me dio a mí Ventura...
no te dará a ti Dolores.

EN EL ÁLBUM DE BLANCA ROSA DE OSMA

Blanca Rosa, flor lozana,
que aún eres tierno capullo
y entre risas,
de tu edad en la mañana,
te meces al blando arrullo
de las brisas.

Mira cuál revolotea
en torno a ti la inocente
mariposa,
y con sus alas orea
el rocío de tu frente,
Blanca Rosa.

Y cuál la traidora abeja,
que a las flores del pensil
la miel bebe,
de ti zumbando se aleja,
y a hincarte el dardo sutil
no se atreve.

Y cuál suelta el ruiseñor
los trinos de su garganta
melodiosa,
y embelesado en tu amor,
reina del prado te canta,
Blanca Rosa.

Crece, fragante capullo,
al dulce abrigo amoroso
que te ampara,
de esa flor que con orgullo
regó del Rimac undoso

la onda clara.

Y en tanto que su dulzura
heredas y su alma pura;
crece, hermosa,
en el jardín de la vida,
por los céfiros mecida,
Blanca Rosa.

EN EL ÁLBUM DE UNA DESCONOCIDA

Todos estos señores
te llaman guapa;
pero es porque te han visto:
¡vaya una gracia!
La gracia fuera
celebrar tu hermosura
sin conocerla.

El cielo a mí esa gracia
me ha concedido;
pues donde hay algo bueno
yo lo adivino.
Que la hermosura
se siente hasta en el aire
que la circunda.

Hasta el menor objeto
que la rodea
se impregna del perfume
de su belleza.
Las mismas hojas
de este libro en que escribo
huelen a hermosa.

Así pues, sin recelo
de equivocarme,
te diré, bella Emilia,
que eres un ángel.
Y hasta me atrevo
a decir lo que tienes
de más selecto.

Al que una vez, Emilia,

mira tu rostro,
desde luego le encantan
tus lindos ojos,
donde fulgura
la luz de las ardientes
hijas del Turia.

Después de ver tus ojos,
si queda vivo,
al contemplar tu boca
perderá el juicio:
y más si de ella
se exhala el dulce canto,
que al alma llega.

Esto sin conocerte
digo y declaro:
no temo, bella Emilia,
llevarme chasco.
¡Ay! temo sólo
decir cuando te vea:
me quedé corto.

EN EL ÁLBUM DE MATILDE LAMARCA

¡Matilde! ¿Quién no diría
que para quedar vengada
de la conquista pasada
la América aquí te envía?
Pague España su osadía
y sus marciales arrojos;
pues nunca tantos despojos
vieron Pizarro y Cortés,
como aquí rendidos ves
a los rayos de tus ojos.

Yo que en su luz soberana
el sol de mi patria vi,
orgullosa me sentí
de mi sangre americana.
toda competencia es vana:
no os pongáis en su camino,
flores; que el pincel divino
que os matizó de colores

pintó más bellas las flores
que brota el suelo argentino.

EN EL ÁLBUM DE GENOVEVA SAMANIEGO

Cuando por primera vez
vi tus celestiales ojos,
tu talle, tus labios rojos
y tu nacarada tez;

contemplando en ti el portento
de la belleza más pura,
dije: «Es tanta su hermosura,
que no ha menester talento.»

Después, junto al mar que baña
la residencia imperial,
cuyo encendido fanal
brilla en las costas de España,

quiso mi propicia suerte
que contigo me encontrara
y que el placer disfrutara
de hablarte y de conocerte.

Viendo en ti gracia, dulzura,
ingenio, juicio, instrucción,
dije: «Con tal discreción
de sobra está la hermosura.»

¿Con dones de tal valor
qué falta a tus perfecciones?
Falta saber si a esos dones
acompaña otro mayor.

El fuego del sentimiento
que brota del corazón,
con cuyo celeste don
sobran belleza y talento.

Esa centella divina
de amor, que cuando aparece
todo semblante embellece
y toda mente ilumina,

¿la sientes tú? -Puede ser
que lo ignores todavía.
¡Feliz quien merezca un día
tal secreto conocer!

EN EL ÁLBUM DE TERESA COLL

Se acerca, bella Teresa,
el glorioso aniversario
del santo rey que a Sevilla
libró del yugo africano.

Con dobles galas vestido,
de ti se despide mayo
y te deja por memoria
de tu padre el nombre amado.

Cuando mañana lo anuncien
del sol los brillantes rayos,
y tu amor filial le muestres
con un cariñoso abrazo;

pregúntale si conserva
en su corazón grabados
recuerdos de San Mateo
en sus infantiles años;

y si al ver mi firma aquí
observas que no ha olvidado
a su antiguo compañero,
dale en mi nombre otro abrazo.

EN EL ÁLBUM DE CARMEN COLL

Carmen, ¡parece mentira
que vaya a cumplirse un año
desde que le di a tu padre
los días de San Fernando!

En un álbum parecido
al que aquí tengo en la mano

rogué a tu hermana le diera
en mi nombre un tierno abrazo.

¡Paréceme que fue ayer!
Iba a terminarse mayo;
pero de aquel mayo a éste
¡cuántas cosas han pasado!

Desde luego, un año entero;
y a tu edad, Carmen, un año
aumenta las ilusiones,
a mi edad los desengaños.

Mas si es verdad que en la vida
los he tenido y amargos,
no soy de los que maldicen
este mundo que habitamos.

Primero, porque no hay otro
(hablo de tejas abajo),
y luego, porque hay en él
más de bueno que de malo.

En esto, Carmen, sucede
como en otros muchos casos,
que el infeliz alza el grito
y el feliz se está callado.

Y aunque éstos sean los más,
como no mueven los labios,
parece que en este mundo
no hay más que desesperados.

Esta es, Carmen, la verdad:
no seas tú como tantos
que en el umbral de la vida
son viejos anticipados.

Toma la virtud por norte
bajo el paternal amparo,
y de las flores que brinda
aspira el aroma grato.

Ni creas ni niegues todo:
y aunque te cueste trabajo,
no entregues tu corazón

si otro en prenda no te han dado.

Pero en fin, ¿por qué pretendo
darte consejos en vano,
si todos ellos en uno
puedo dejarte cifrados?

De tus penas y alegrías,
de tus risas y tus llantos
elige por confidente
al padre que Dios te ha dado.

Los amores de este mundo
viven porque esperan algo:
el de un padre nada espera;
ni siquiera ser pagado.

Pero ya quiero dar fin,
que el sermón va siendo largo
y quizá te estoy diciendo
lo que tienes olvidado.

Perdona; y cuando amanezca
el día de San Fernando
y de tu padre celebres
el feliz aniversario,

lo que a tu hermana encargué
a ti de nuevo te encargo.
Y Dios nos conceda a todos
ver muchos meses de mayo:

a ti, Carmen, y a tu hermana
para que le deis mi abrazo:
a él para recibirlo,
y a mí para recordarlo.

EN EL ÁLBUM DE ROSA VALLARINO

Vertiendo aroma, al despuntar el día,
nace la rosa en plácido pensil:
en el pensil de España, Andalucía,
tú naciste también, Rosa gentil.

Nace; y tímida empieza y ruborosa
su purpurino cáliz a entreabrir;
capullo son también tus labios, Rosa,
cuando comienzan dulces a reír.

Pastor incauto, del olor llevado,
su tallo ¡ay, necio! se atrevió a tocar:
aguda espina le dejó llagado,
y largas horas consumió en llorar.

Rosa gentil, que a su pesar inclinas
a que te adore el que una vez te vio;
dime si tienes cual la rosa espinas;
que no quisiera lastimarme yo.

EN EL ÁLBUM DE ***

Cuando contemples la saña
del mar que entre densa bruma,
alzando montes de espuma,
los riscos del puerto baña;

piensa que igual conmoción,
igual tormenta de horrores
pueden causar tus rigores
a algún triste corazón;

mas cuando en ondas de plata
se tiende el mar mansamente,
cual terso cristal luciente
donde el cielo se retrata,

gózate en mirarlo, y di:
«¡Al alma más angustiada
sólo con una mirada
puedo yo tornarla así!»

EN EL ÁLBUM DE ***

Amor, sacando un dardo
de su dorada aljaba,
un álbum desplegada

y a mí se presentó.

«Para una hermosa, dijo,
que hoy en mi templo vive,
en ese libro escribe
con este agudo arpón.

Hijo de Apolo, canta
el triunfo de una hermosa,
envidia de la rosa
que empieza a despuntar.

Escribe; y no pretendas
gozar de su presencia,
si grata independencia
anhelas conservar.

Abrasadora llama
brilla en sus ojos bellos,
mi antorcha enciendo en ellos,
mil pechos hago arder;
y es su negro cabello,
rival de mis arpones,
de incautos corazones
inevitable red.

Escribe.» -Yo temblando
obedecerle intento,
y entre mis dedos siento
fuego el arpón brotar:

llego a las blancas hojas
su ardiente punta de oro,
y «¡hermosa, yo te adoro!»
sólo acerté a grabar.

Amor el álbum toma,
y vuela y desaparece,
y a la ninfa le ofrece
que hermosa me pintó.

¿Aceptaré benigna
el don que la dirijo?
Lo que la ninfa dijo
no me lo dijo Amor.

